

Montevideo, a través de 250 años de *Arqui*



A pedido expreso de varios colegas, insertamos in extenso, la conferencia que dictáramos en la Universidad de la República sobre la evolución arquitectónica de Montevideo, en ocasión de festejarse los 250 años de la fundación de nuestra capital. La misma fue publicada en el Suplemento Dominical del diario "EL DIA" (no. 2262, del 9/1/77) - edición actualmente agotada -, de la cual ésta es una versión corregida y aumentada.

En el próximo número ofreceremos la conferencia que dió el Profesor de Historia de la Arquitectura, Arq. Hugo Baracchini, también en la Universidad, sobre "la evolución urbanística de la ciudad de Montevideo desde su fundación hasta nuestros días", enjundioso trabajo que complementa nuestra modesta labor.

Vivienda propia del arquitecto Toribio, ubicada en la calle Piedras Nos. 526 y 528, entre las de Ituzaingó y Treinta y Tres, diseñada en 1809 en un terreno de escaso frente y con "servidumbre de paso" por añadidura. Actualmente se la está restaurando.

"Muéstrame tu ciudad y te diré cuáles son los fines culturales de tu pueblo. La ciudad es un libro abierto donde se leen los fines y las ambiciones"

Eliel Saarinen

O sea, que una ciudad es un organismo vivo: como tal, es dinámico y no estático; en suma, su vida posee las fases de nacimiento, crecimiento, madurez y senectud.

Por ello, en cualquiera de esos estados que la analicemos, identificaremos los defectos y virtudes del pueblo que la habita —incipientes o en su pleno desarrollo— según se halle en sus primeros escauceos, o haya adquirido carta de ciudadanía como urbe.

Agregaba Saarinen: "Cuando una ciudad es construida en forma desordenada y sus habitantes se muestran indiferentes a su apariencia, éstos revelan automáticamente tal actitud, como el hombre desaliñado que en una reunión de sociedad exhibe su pobre apariencia. Por otro lado, la ambición que genera el orden en la ciudad será siempre alabada por haber producido ese orden". Y, agrega más adelante: "La población de una ciudad está constituida de una multitud de individuos, cada uno de los cuales tiene especiales obligaciones en el mantenimiento del orden comunal".

Resulta obvio declarar que nosotros, los arquitectos, somos los principales responsables de la fisonomía de una ciudad. Pero no somos los gestores de la misma —ya que en general no poseemos poder de decisión— ni los conservadores encargados de mantener su alioño.

A lo largo de la Historia, los ejemplos nos muestran cómo hemos sido los "brazos ejecutores", ya sea de un poder real omnímodo, deseo de perpetuar su esplendor, ya sea de una fe religiosa, también anhelante de aparentar signos de supervivencia ultraterrena. Otras veces, finalidades militares primaron y los arquitectos hubieron de ceñirse a las mismas, respetando cánones y previsiones; otras, simples motivos de intercambio, de comercio o de pasaje, han determinado la creación de una ciudad y su origen dejó impreso el marchamo de su razón de ser.

Como ya expresáramos, al arquitecto no le ha correspondido en general otra misión que la de obedecer a quien detente el poder, naturalmente proclive a querer reflejar su modo de ver y pensar la arquitectura. De cualquier manera somos los encargados de dar forma, en última instancia, a esas aspiraciones, a esos gustos —o falta del mismo— de los promotores. Por lo menos nos cabe la responsabilidad —como más informados, como específicamente formados para ello— de tratar de

hacer rever las decisiones cuando ellas se nos aseveran erróneas, de torcerlas simplemente cuando son recuperables, o de impulsarlas en el caso de compartirlas.

En ese sentido es importante, no sólo la capacidad profesional del arquitecto, sino también otra característica que por lo común se desdeña: la facultad o el poder de convicción que posea, a fin de hacer partícipe de sus ideas a quien o quienes puedan hacer concretar las mismas. Podemos decir con propiedad, que le cabe al arquitecto una labor didáctica, que debe cumplir con sumo tacto. Para que ella resulte factible, es necesario que el grado de adelanto cultural del pueblo sea elevado y corra parejo con el de los profesionales; de esta manera, al estar interiorizado de formas y estilos en boga, se puede establecer una relación estimulante entre el detentador del poder y el encargado de hacer. Caso típico lo constituyó el Renacimiento: Miguel Ángel, por ejemplo, no hubiera realizado su obra, de no haber contado con la comprensión, el interés y el apoyo de los personajes más influyentes de su tiempo.

Elites cultivadas han posibilitado la ejecución de la mayoría de las obras maestras. Pero ello no es todo en una ciudad; corresponde en general a los movimientos más notorios, más adelantados, que después el propio pueblo adopta como suyo y llega a mostrar con admiración y honda satisfacción. Está además esa labor más impersonal, más anónima y más numerosa de la gran masa. Y ella revela también, por supuesto, el grado de adelanto cultural y espiritual de esa sumatoria de infinitas voluntades individuales que constituye el pueblo. Todas esas construcciones menores configuran el alma ciudadana. Puede ser simple, noble y honesta —como algunos ejemplos coloniales que poseemos—, o ridículamente presuntuosa, cuando en ocasiones se ha pretendido vestirla con rango nobiliario, pidiendo prestadas formas al pasado, sin sentido, y sin verdadero conocimiento, también.

En el Medievo los habitantes de cada conglomerado humano contribuían a la erección de la casa de Dios y a la de alguno de sus principales edificios cívicos y luego se mostraban orgullosos de aquellos monumentos que caracterizaban su burgo y le daban su fisonomía propia. En aquellos tiempos, y dado el tamaño de las urbes —todavía a escala humana— eran posibles —y se daban— los contactos

Montevideo, a través de 250 años de Arqui

personales, y es así que podemos referirnos a la existencia de una verdadera alma colectiva. La arquitectura, entonces, era la materialización de ese estado espiritual: una "sinfonía pétrea", al decir de Worringer, orquestada por ese compositor múltiple, por ese organismo de cien cabezas que llamamos pueblo.

Otrora —como comentábamos— esa "élite" capaz de comandar obras, pertenecía a la realeza, a la aristocracia, o a las altas esferas eclesiásticas. Con el avance del tiempo, ese poder ha pasado de manos: si bien el Estado a través de sus distintos organismos ha continuado siendo uno de los principales protagonistas —y bastante menos la religión— la que ha llevado la voz cantante por mucho tiempo, ha sido la burguesía culta. Ella ha impulsado hasta el presente todos los avances artísticos y ha posibilitado la supervivencia de los grandes innovadores en todas las ramas del arte, ejerciendo una especie de mecenazgo en muchos casos clarividente.

Así, por ejemplo, la familia Stein encomendó la construcción de la "villa" (Les Terraces) en Garches a Le Corbusier; las familias Robie y Martín permitieron que Frank Lloyd Wright pudiera demostrar su entonces desconcertante genio, aún a costa de tener que sobrelevar la mofa de sus vecinos de Oak Park, Chicago, que no comprendían y menos apreciaban aquellas formas inusuales y muy adelantadas a su época.

Progresivamente ese extraño léxico fue siendo aceptado y pasó a integrar el acervo común popular. Otros arquitectos comenzaron a animarse, a inspirarse y tomar elementos de los pioneros, y, poco a poco, de esta forma, se fueron reconociendo sus méritos y universalizándose sus hallazgos.

En estas costas del Plata no se han engendrado movimientos innovadores. Nuestro acervo cultural, nuestra fuente de inspiración ha sido hasta el presente, Europa Occidental y casi podríamos circunscribirla a los países latinos del Viejo Continente. Prácticamente todo, en efecto, nos ha llegado a través de corrientes españolas, francesas o italianas, como lógica consecuencia del aporte humano inmigratorio de esas naciones. Esos hombres que vinieron a poblar estas tierras vírgenes, aportaron consigo usos, costumbres y cultura.

Por eso podemos, a grandes rasgos, dividir la Historia de la Arquitectura de nuestro país hasta 1900, en tres períodos, estrechamente vinculados a hechos fundamentales acaecidos en la Banda Oriental:

- 1) Período Colonial, de lógico acento hispánico.
- 2) Período de surgimiento de nuestra nacionalidad independiente, con influencia francesa.
- 3) Período de influencia italiana.

No existiendo vestigios de arquitectura precolombina en estos lares, los ejemplos iniciales correspondieron al período de conquista y luego colonización peninsulares. Obviamente los primeros hechos arquitectónicos de que tengamos noticia entonces, fueron de carácter militar: fortificaciones destinadas a consolidar, dar asiento y defender a las primeras familias de pobladores y a los contingentes militares expedidos para la conquista y dominación de estas tierras. Es de hacer notar que nuestro pasado resulta relativamente reciente, comparado con las culturas seculares de otras partes del orbe.

Si acabamos de festejar nuestros primeros doscientos cincuenta años de existencia —conmemorando el hecho de que Bruno Mauricio de Zabala fundara el 24 de diciembre de 1726 nuestra ciudad— es por tanto recién con posterioridad a esta fecha, que podremos encontrar los primeros elementos de interés en nuestra materia.



Pensemos que quienes nos conquistaron ya habían pasado las etapas culturales del románico, el gótico, el Renacimiento y se hallaban en pleno Barroco. En ese momento en Francia acababa de fallecer Luis XIV en 1715, dejando el trono a su bisnieto, Luis XV, de tan sólo 5 años; en arquitectura descollaban Robert De Cotte (1656 - 1735), Germain Boffrand (1667 -

El "Cabildo y Reales Cárcels" (1804 - 1830) es obra del primer arquitecto que pisó estas tierras: Don Tomás Toribio



La Catedral Metropolitana, comenzada según se cree, de acuerdo a planos trazados por José Custodio de Sáa y Faría interviniendo posteriormente José del Pozo y Marquy, Bernardo Poncini —a quien debemos la fachada en su aspecto actual—, Antonio Llambías de Olivar y, finalmente, en 1941, Rafael Ruano.

1754) y Jacques Soufflot (1713 - 1780).

En Italia los arquitectos que se distinguen son: Filippo Juvara (1685 - 1735), Luigi Vanvitelli (1700 - 1773) y Pietro Longhi (1702 - 1786).

En España estamos bajo el reinado de Felipe V (1701 - 1740). Formalmente España había evolucionado desde el estilo Plateresco (primera mitad del siglo XVI), pasando por una fuerte influencia italiana, descollando Pedro de Machuca y Fernando Villalpando (éste último traductor de Serlio) y finalmente José de Churriguera (1665 - 1725) que dio origen al recargado barroco español conocido bajo el nombre de "churrigüesco". A título de ejemplo, en este estilo se realiza, entre 1738 y 1749, la Catedral de Santiago de Compostela.

De la primera etapa señalada, son pocas las construcciones que se conservan y, en general, las que han llegado a nosotros han debido ser objeto de importantes refacciones. En Montevideo, como vestigios de los sistemas defensivos imperantes en la época, solamente nos quedaron: el "Cubo del Sur" (1812), "Las Bóvedas" (1794-1806), la Puerta de acceso al recinto amurallado de la "Ciudadela" (1742 - 1780)

—demolida ésta en época del Cnel. Latorre— y la Fortaleza del Cerro (1802 - 1809). De la Ciudadela se poseen datos fidedignos que han permitido la construcción de una maqueta que se conserva en el Cabildo, que nos demuestra que la ingeniería militar española de la época, estaba fuertemente influida por las teorías sustentadas por Sébastien Le Prestre, Señor de Vauban, el gran Comisario General de Fortificaciones de Luis XIV, fallecido en 1707. La Fortaleza de la Ciudadela, emplazada en el costado occidental de la actual Plaza Independencia, era el primer bastión encargado de la defensa de la ciudad contra los intentos atacantes que pudieran provenir por tierra. Por lo demás, el casco de la ciudad estaba circunvalado por sólidas murallas con bastiones como el "Cubo del Sur" y el "Cubo del Norte".

Con el aumento de la población esas murallas se convirtieron en un verdadero cinturón que la constreñía, constituyendo un obstáculo al natural desarrollo edilicio y, en aras del progreso, hubo de demolerse esos restos del pasado histórico.

Los otros dos monumentos que la ingeniería militar española nos legó en el país, fueron los Fuertes de Santa Teresa y San Miguel, que, restaurados, nos hacen rememorar las épocas de Coloniaje e Independencia.

Pero nuestra metrópolis fue creciendo y también las ansias culturales de ese pueblo que construía con orgullo y sacrificio su pequeña ciudad. Crecieron sus ambiciones y se pensó entonces realizar obras de más aliento y mayor envergadura.

Ya había sido impelido a recurrir a los elementos idóneos de origen castrense (ingenieros militares) para elevar edificios de otra índole que la militar: las iglesias de San Carlos y Maldonado por una parte, y en nuestra ciudad la capilla de la Caridad y hasta la Catedral, fueron proyectadas en sus inicios por este tipo de técnicos. En general se trata de obras severas, sobrias, austeras, donde la función no hace ninguna concesión en pro de la forma.

Pero Montevideo necesita ya de personas instruidas especialmente y hábiles en el arte de construir. Es así que llega a nuestras costas Don Tomás Toribio a mediados de 1799, arquitecto formado en la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando —que fuera creada por Fernando VI en 1752— en Madrid. Se le encomienda la prosecución de las obras concernientes

Montevideo, a través de 250 años de Arqui

a la Catedral Metropolitana —planos que elaborara, según se cree, el ingeniero de origen portugués José Custodio de Sáa y Faría— el edificio para el Cabildo y Reales Cárceles (1804-1830), y, fuera de Montevideo, el proyecto de la iglesia de Colonia. Asimismo diseña y dirige en 1809 su vivienda propia en un terreno de exiguas dimensiones (4 m. 71 por 42 m. 95) —que le fuera conferido en mérito a sus realizaciones— y, tal vez, la Capilla de la Caridad, (1798-1808), atribuida por algunos autores a José del Pozo y Marquv.

Por Real Orden del 20 de noviembre de 1796 se estipula que el "Arquitecto don Thomas Toribio pase a Montevideo con el cargo de Maestro Mayor de las Reales Obras de Fortificación de aquella Plaza". Obedeciendo a ella, se embarca a fines de abril de 1797 junto a su esposa Josefa Gómez y su hijo José Manuel. Pero la nave que le conducía a tierra americana fue apresada por los ingleses y Toribio, junto con el resto de la tripulación, fue compelido a desembarcar en Lisboa, razón por la cual su llegada a ésta se demoró por el término de dos años. Se embarca finalmente en la fragata "Arquímedes" y llega a Montevideo, como hemos dicho, a mediados de 1799: en ese momento su hijo José Manuel tiene 5 años y el nuevo vástago nacido en el interín, Antonio Félix, tres meses.

Su hijo mayor José fue con el tiempo también Maestro Mayor de Obras de Montevideo: desde 1829 hasta su fallecimiento en el año 1858. Se deben a él el proyecto para el Hospital de Caridad (1859-60), la ampliación de la planta alta del Cabildo con frente a la calle Sarandí y la casa de los Montero (1831).

Una construcción que ha llegado a nuestras manos en forma casi intacta es la vivienda conocida como de Lavalleja. Quien encargó la obra fue D. Manuel

Cipriano de Mello, alrededor del año 1783, aunque no es segura la fecha. En agosto de 1830 el Gral. Lavalleja la compra a los herederos y finalmente las nietas del héroe de la Cruzada Libertadora y de Sarandí, la donaron al Estado en 1941. El autor de la misma nos es desconocido, pero de cualquier manera, constituye un excelente espécimen de la arquitectura colonial de la época.

Otro ejemplo interesante es la casa de los Ximénez. Pertenece su construcción al



período de dominación lusitana, pues data de 1817 o 1818. La fachada presenta sus vanos adintelados, en vez de arcos escarzanos como en la casa de Lavalleja.

Es de hacer notar que don Tomás Toribio fallece apenas tres meses después de los acontecimientos de mayo de 1810. Una vez finalizado el proceso de nuestra Independencia, la escisión tuvo lógicamente consecuencias en nuestro arte. Ya no íbamos a depender estéticamente de la Corona y ante la necesidad de poseer técnicos en la metrópolis, se vuelven los ojos hacia el país gallo primero y hacia la península itálica, después. Se inició todo un proceso consistente en atraer hacia nuestras costas técnicos de esos países latinos, o en propiciar la formación de elementos nativos en los centros de enseñanza más acreditados del Viejo Mundo.

Esa tesitura se prolongó durante todo el siglo XIX hasta que, en 1885 se instituyen los estudios de Arquitectura y se legisla en consecuencia, dando la potestad de construir a los Arquitectos, Ingenieros y Maestros de Obras, todos títulos que, expedía nuestra Universidad.

Entre los arquitectos europeos atraídos a estos lares, debemos recordar a Carlos Zucchi que, aunque peninsular —como su apellido lo indica— no obstante realizó sus estudios en Francia. Nacido en 1791, fue contratado por el Gobierno argentino, pasando a desempeñar funciones en el

Casa de los Ximénez (1817 o 1818).

Interesante obra edilicia perteneciente al período de dominación lusitana, hoy restaurada y convertida en Museo.

El Teatro Solís fue diseñado en primera instancia por Carlos Zucchi en 1837. Posteriormente, en 1840, Francisco Garmendia retocó los planos para ajustarlos a un presupuesto menor, interviniendo asimismo el Arq. Clemente César. En 1974, el Arq. Víctor Rabú proyecta las alas laterales que completan el conjunto dándole el aspecto definitivo



vecino país hasta 1836 en que se traslada a Montevideo, donde se afianza y ejecuta obra hasta 1842.

Le debemos a Zucchi el trazado de la Plaza Independencia, con un fondo previsto de arcadas con clara reminiscencia de la rue de Rivoli, en París, obra de Percier y Fontaine. Asimismo proyecta en 1856, el Teatro Solís, demostrando un claro dominio técnico en cuanto a los problemas constructivos, funcionales y acústicos de los recintos destinados a este fin. Posteriormente intervinieron en la obra Francisco Xavier Garmendia y Clemente César.

Aparecen luego en nuestra escena dos hermanos oriundos de Tesina (Suiza), que habían de dejar su impronta en el país: Bernardo y Francisco Poncini. Se da el curioso caso de que, como ya dijéramos, el neoclasicismo francés fue introducido en la arquitectura uruguaya a través de

un natural peninsular: Zucchi. Ahora veremos que el neoclasicismo italiano lo importamos a través de dos suizos.

La obra que ellos realizan puede situarse cronológicamente una vez finalizada la Guerra Grande (1839-1851), o sea entre 1857 y 1863. En general le toca a Bernardo Poncini proseguir la labor iniciada por otros: la Catedral de Montevideo, la urbanización de la Plaza Independencia, el Hospital Maciel y el Cementerio Central (del Cementerio realiza la Rotonda y el muro circunvalatorio principal). Francisco Poncini deja obra en Paysandú: la Iglesia Nuestra Señora del Pilar comenzada en 1862, es sin duda su obra más relevante.

Víctor Rabú llega al Uruguay en 1858, junto con inmigrantes franceses agricultores que debían trasladarse a la Argentina, pero que finalmente se radican aquí. Proyecta edificios como la iglesia de San Francisco (1864); la capilla Jackson (1871) en estilo goticista; el Hospicio Dámaso A. Larrañaga (1873); la casa-quinta de Eastman (1878) (hoy sede del Comando de la Región Militar No. 1) y las alas laterales del Teatro Solís (1879).

Ignacio Pedrálbez, inscripto en una línea ecléctica similar a la de Rabú, es uruguayo formado en Francia, recibiendo el título de Ingeniero-Constructor en l'Ecole Nationale d'Ingénieurs Arts et Métiers de París. Es el autor de la casa de don Francisco Gómez (1865-75), —hoy Junta Departamental— de la casa-quinta de Aurelio Berro (1880) en la Avenida Agraciada —actualmente sede de la Embajada Argentina en nuestro país— y de la iglesia de Lourdes (1890) en la calle Cerrito.

Posteriormente debemos considerar la obra de otro uruguayo, también como Pedrálbez instruido en Francia, pero en este caso en l'Ecole des Beaux Arts entre 1883 y 1888: Julien Masqueler. Amplía el Hospital Maciel con frente a las calles Washington y Maciel y la casa de Otero, posteriormente Caja de Pensiones Militares.

Hubo otros connacionales que fueron a especializarse a Italia, cual es el caso de Juan Alberto Capurro que se graduó de Ingeniero en la Escuela Real de Aplicación para Ingenieros de Turín.

A Capurro le debemos la casa-quinta de Morales-hoy Museo Blanes, en la Avda. Millán (1872); el Palacio Estévez (1880), actual Casa de Gobierno y la vivienda que proyectó para el Capitán General Don Máximo Santos (1884), convertida en Ministerio de Relaciones Exteriores.

Luis Andreoni, peninsular de origen, y graduado de Ingeniero en Nápoles, podemos decir que creó obra más variada: la casa de Buxareo (actual sede de la Embajada de Francia en nuestro país) (1884) en la esquina de la Av. Uruguay y Andes; el Club Uruguay (1888) en la Plaza Matriz; el Hospital Umberto I, actual Hospital Italiano (1890); la Estación de Ferrocarril General José Artigas (1897), etc.

A fines de siglo y principios del actual, surge en Europa y, naturalmente llega con algo de atraso a nuestras costas, una corriente estilística que habría de recibir el nombre de eclecticismismo historicista.

Montevideo, a través de 250 años de Arqui

Como la definiera el recientemente desaparecido Profesor Artucio: "Puede decirse que consiste en la reunión, a veces feliz y otras no, en un mismo edificio, de elementos con esencia estilística, data y producción dispares, o de edificios reunidos, con similar diversidad".

Dentro de esta modalidad actuó en los primeros años de este siglo, el arquitecto francés Gardelle, cuyos edificios más notorios lo constituyen el Palacio Piria (actualmente sede de la Suprema Corte de Justicia) y el Palacio Pietracaprina, convertido en la Embajada de Brasil en nuestro país. Hay todo un sentido decorativista organizado en torno a pilstras, cornisas y empleo de mármoles y granitos, que dan suntuosidad y magnificencia.

Otro ejemplo destacado dentro de esta corriente lo constituye el Palacio Taranco, (1905-10), proyectado por arquitectos también franceses: Chifflet y Girault. Este edificio ubicado en la Plaza Zabala, se retrae para formar un jardín sobre la misma, limitado por una verja, y exhibe una gracia y un sabor muy galos.

En el año 1917 se llama a concurso para realizar la sede del Banco de la República, y lo ganan Veltroni y Lerena Acevedo. Las obras no se comienzan hasta 1926 y recién se finalizan en 1938. Los proyectistas volvieron los ojos a la antigüedad clásica en un intento de dotar al edificio de mayor monumentalidad y perdurabilidad, como conviene a todo Banco que gusta dar noción de garantía incommovible en el tiempo. Amplia escalinata con peristilo, parece pedir un espacio de contemplación mayor que la estrecha calle Cerrito a la que da frente. La fachada posterior sobre Piedras, que se aprecia desde la Rambla portuaria, presenta una fisonomía mucho menos majestuosa ya que brinda la explicación del techado del inmenso hall y produce la misma sensación que cuando vemos a un prestidigitador por detrás y descubrimos el secreto de su ilusionismo. El techado a dos aguas, que se asoma sobre el frontispicio no posee la grandeza a que aspira la fachada principal; se diría que los autores no pensaron que éste podía verse.

Por esta época se realiza un concurso público para levantar un edificio de rentas sobre la Plaza Independencia. Corre el año 1922. El concurso se declara desierto, pero, no obstante se le confiere la obra al arquitecto italiano Mario Palanti. Como



El Club "Uruguay" (1888), obra del ingeniero Luis Andreoni, tiene claras reminiscencias del Renacimiento italiano.



en el Palacio Barolo de la Avenida de Mayo en Buenos Aires, de 1921, el proyectista rezuma una imaginación frondosa y el resultado es poco relevante. Las formas se pierden en medio de esa ornamentación sobrepuesta, careciendo el conjunto de serenidad y mesura. Ello no ha sido óbice para que este edificio, por su especial ubicación y dimensiones, se haya convertido en una de las imágenes características y en consecuencia más "postales". —perdónesenos el neologismo— de nuestra "muy fiel y reconquistadora".

En 1915, la Facultad de Arquitectura se escinde de la de Ingeniería, tomando rumbo aparte. El arquitecto José P. Carré, "Monsieur" Carré —como le llamaban los alumnos— fue contratado en Francia y organizó los planes de estudio de la nueva Facultad a imagen y semejanza de los de

El Palacio Legislativo fue objeto de un concurso internacional que ganó, en 1904, el arquitecto italiano Meano. La construcción se demoró y se cambió su ubicación por la actual —pues primeramente se había pensado erigirlo en donde hoy está el I.B.O.—. A la sazón, como había fallecido Meano, se encomendó a Vázquez Varela y Banchini su adecuación al nuevo emplazamiento conjuntamente con Moretti, a quien debemos gran parte de su efecto plástico.

l'Ecole des Beaux Arts, en la cual se había formado. Maestro inolvidable de muchas generaciones, pedagogo nato, hizo de la enseñanza de la arquitectura un verdadero apostolado. Realizó poca obra en nuestro país: la sede del Jockey Club es uno de los pocos ejemplos; obtenida en concurso, fue inaugurada oficialmente en 1932. Posteriormente en su cátedra, M. Carré adoptó una posición menos ecléctica y supo evolucionar, asimilando las bases de la nueva arquitectura.

La verdad es que ya en ese entonces y bastante antes, otros aires comenzaban a circular. Aires de cambios, de inquietudes nuevas, de progresos científicos desconcertantes que producen agitación y trasbordo de ideas.

La Revolución Industrial, cuya principal repercusión se hizo sentir en Inglaterra,

poco a poco se extendió "urbi et orbi" y dio una inusitada dimensión a los conglomerados urbanos, creando una nueva problemática en las relaciones laborales que enfrentó a capitalistas y asalariados. El éxodo del hombre de campo hacia la ciudad —atraído por una especie de espejismo— trajo consigo la desilusión posterior al habitar verdaderos tugurios creados en torno a las fábricas. Estas además, contaminaban el aire con el hollín de sus chimeneas, dando lugar a lo que hoy se ha dado en denominar "polución ambiental".

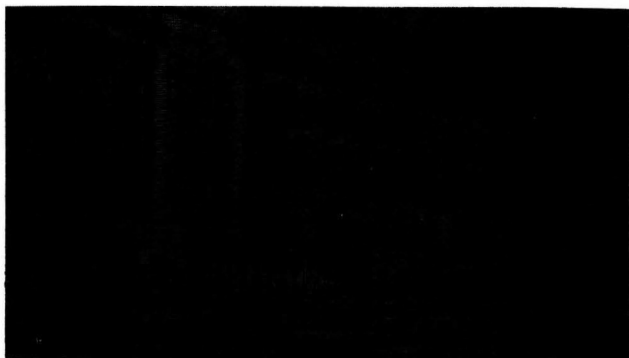
En contraposición a la sordidez de la vida de las clases menos favorecidas, la alta burguesía vivió, en los primeros años de nuestro siglo, una época de apogeo y despreocupación que posteriormente se bautizó como "la belle époque". Fue París centro de esa vida mundana que horrorizó a las generaciones más viejas llenas de mojigatería. Se estableció más desenfadado en las costumbres, y el arte, en todas sus expresiones, se hizo eco de tal modo de ver y sentir la vida. Nada parecía predecir que la descomunal catástrofe de la "Gran Guerra" se aproximaba y que iba a diezmar a esa juventud dorada europea, con ansias de vivir intensamente la vida.

Hubo un estilo en el arte que nació en los últimos años del siglo XIX, rompiendo con los moldes del eclecticismo historicista a que hemos hecho referencia: fue el "Art Nouveau", que dio originales formas empleando el hierro, al que le dio carta de ciudadanía como elemento o material artístico.

Fue como un brillante chisporroteo de una sociedad que habría de sumergirse en una tragedia sin precedentes. En ese momento en pintura asistimos al nacimiento y desarrollo del período "Impresionista": Edouard Manet, Claude Monet, Renoir, Sisley y Pissarro —para no citar sino algunos nombres— luchan por imponerse a pesar de las críticas y mofas de muchos.

Pero no sólo existe el "Art Nouveau". Casi contemporáneamente, y en un proceso complejo que no es el momento de dilucidar, se producen otros movimientos que habrían de tener gran repercusión en la arquitectura actual. Nos referimos en especial al de la "Secesión Vienesa", aglutinado en torno a Otto Wagner; al del "Werkbund" alemán, cuyo principal sostenedor fue Peter Behrens y también, a la solitaria labor del vienés Adolf Loos, que construyó edificios dotados de una ascética pureza en sus paramentos y que llegó

El Hospital de Clínicas, del Arq. Surraco, de 1930, señala el apogeo de la corriente racionalista en nuestro medio



Montevideo, a través de 250 años de Arqui

a escribir un libro que tituló sugestivamente: "Ornamento y delito".

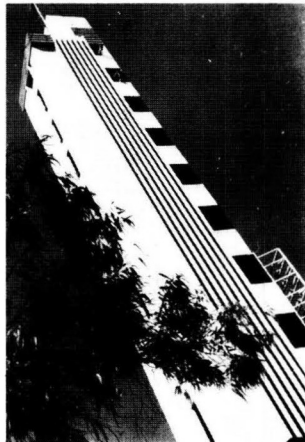
Un nuevo material que hace su irrupción en el mundo de la construcción, había de revolucionar la Arquitectura: el hormigón armado. La conjunción de dos materiales con características disímiles, pero que poseían un mismo coeficiente de dilatación, dio un compuesto artificial extraordinario que brindaba impensadas posibilidades. Por otra parte, el hecho de que adquiriera la forma del molde en el que se le vertiera, le dotó de una plasticidad, de una maleabilidad extraordinarias, hasta entonces inexistentes en el arte de construir.

Auguste Perret en Francia construyó el edificio de apartamentos de la rue Franklin en 1902, mostrando sin inhibiciones el nuevo material de que había hecho uso. Le Corbusier transita por el estudio de Perret y aprende de su Maestro las propiedades, comportamiento y técnica de cálculo del compuesto descubierto por un jardinero francés con alma de "bricoleur": Joseph Monnier.

Gropius, por su parte, crea en Weimar la Bauhaus, y cuando debe trasladarse a Dessau, proyecta la nueva escuela en un estilo de gran pureza volumétrica, y con grandes paneles vidriados. Miës van der Rohe —que también como Gropius y Le Corbusier tuvo una estadía en el estudio de Peter Behrens— realiza unos croquis de edificios enteramente vidriados y premonitorios de su teoría de "la piel y los huesos", como él la habría de llamar más tarde, dibujos que suscitaron honda repercusión en todas partes.

En América el gran Maestro Louis Sullivan, el "Lieber Meister" —como le llamaba su genial discípulo Frank Lloyd Wright— frente a las inusuales proporciones de los edificios "en altura", que acababan de aparecer, no se arredra ni trata de desfigurarlos: al contrario, pone énfasis en destacar la verticalidad de la estructura que los soporta, no ocultando "la verdad arquitectónica" que ello entraña. Su famosa frase, de que "la función debe seguir a la forma", dio la vuelta al mundo y surgieron "funcionalistas" "a outrance" por doquier, motivados por aquel slogan.

Wright en su larga trayectoria dio primeramente una lección con las casas que construyera en Oak Park, en Chicago, a comienzos de siglo y que la edición alemana Wasmuth difundiera sobre todo en



Estadio Centenario, de Domato y Scasso. La "Torre de los Homenajes" está evidentemente inspirada en los estudios "neoplasticistas" del grupo holandés "De Stijl"

Europa. El "Fujiyama" de la Arquitectura, como le llamara Lewis Mumford comenzaba a hacer brotar lava de su inagotable imaginación. Y en todos lados ejerció influencia.

A nuestro país llegó como siempre con algo de retraso, la "nouvelle vague" en arquitectura. Y hubo algunos pioneros vernáculos que, adelantándose en su medio, hicieron suyas las ideas importadas y trataron de imponerlas.

Es así que en 1925 Surraco realiza la casa de comercio "Eugenio Barth & Cía".



El Banco Hipotecario del Uruguay (1934), obra de los Arqs. Aubriot y Valabrega, reforma de la antigua tienda Corralejo.

El Palacio Lapido (1929), proyecto de los Arqs. Aubriot y Valabrega, se inserta dentro de la línea estilística "expresionista" del gran Maestro germano Mendelsohn

en la calle 25 de Mayo, con gran austeridad de formas. En 1930 realiza una de las obras de mayor envergadura en nuestro medio: el Hospital de Clínicas, dentro de una línea estilística típicamente racionalista. De 1930 también, es el Estadio Centenario "la gran mole de cemento", de los Arqs. Domato y Scasso.

Aubriot y Valabrega, en 1929, realizan el edificio "Centenario" en la esquina de 25 de Mayo e Ituzaingó, donde si bien denota pertenecer a la corriente racionalista, la ameniza y da un toque más humano, algo emparentado con la manera de arquitecturar de un gran Maestro

Octavio de los Campos, por su parte, construye el edificio "Centenario" en la esquina de 25 de Mayo e Ituzaingó, donde si bien denota pertenecer a la corriente racionalista, la ameniza y da un toque más humano, algo emparentado con la manera de arquitecturar de un gran Maestro



La Facultad de Ingeniería, de Vilamajó (1938), realizada en "hor-migón visto" cuando nadie pensaba que esta fórmula expresiva recién estaría en boga más de un cuarto de siglo después

holandés, gran admirador de Wright: Wilhem Dudok.

Cuando fallece "Monsieur" Carré, su "Taller" se divide en dos, contentando así las aspiraciones de quienes podían pensar en sucederle: Mauricio Cravotto y Julio Vilamajó, los que se convertirían a su vez en grandes Maestros. Personalidades antipódicas, de su sano antagonismo habrían de surgir discípulos también disímiles y acérrimos partidarios de sus sendos Maestros.

En 1929 se llama a un concurso muy importante cual es el del Palacio Municipal. Primeramente se llama a Concurso Internacional y se declara desierto el Pri-

mer Premio, en tanto se le otorga el 2o. Premio al Arquitecto Mauricio Cravotto. En segunda instancia se realiza un concurso nacional y esta vez Cravotto obtiene el Primer Premio. Lamentablemente el edificio que hemos estado viendo los montevideanos desde hace más de cuarenta años, no es estrictamente el proyecto cual lo diseñara su autor: por de pronto la proporción de la torre es muy otra que la ideada, al suprimírsele nada menos que siete pisos. Nunca se terminó el revestimiento exterior y, finalmente, se suprimió una parte del proyecto que daba hacia la calle Soriano. Todo eso, y la aplastante lentitud de las obras, no hizo mucho bien a su creador, al cual se le juzgaba por una obra en realidad mutilada y —me imagino yo— ante su desesperación de ver envejecer su proyecto antes de que se concretara. Lamentablemente en muchos otros concursos de edificios públicos han sucedido situaciones similares que —deseamos— no se prolonguen tanto como la que comentamos.

Dos años después del concurso del Palacio Municipal, proyecta el Hotel Rambla (1931) en Pocitos, verdadero precursor de los edificios altos que bordean nuestra Rambla. También en este caso lo que vemos es sólo una parte de un proyecto más ambicioso. En su diseño se observa un gran cambio: las superficies son netas, más sobrias, aproximándose a la arquitectura racionalista en boga en la época aunque no compartida íntegramente.

En 1932 realiza su propia vivienda y estudio en Sarmiento y Estigarribia. Ya aquí no hay duda que ha evolucionado integrándose a la corriente moderna. Pero no adopta el frío lenguaje de un Le Corbusier o de un Lurcat de la época, sino que lo anima y humaniza, dando una versión depurada y enriquecida a través de la enorme cultura que poseía.

El otro polo lo constituyó Don Julio Vilamajó. Alumno destacado de la Facultad, gana el "Gran Premio" y obtiene en consecuencia una Beca de estudio que le permite trasladarse a Europa. Un país en especial le fascina: España. A su regreso inicia su carrera profesional con producciones en las que denota un hondo acento hispánico, manejando con solvencia formas y estilos peninsulares. De esta etapa es la vivienda Casabó (1925), en 21 de Setiembre y Benito Blanco, y la casa Pérsico (1926) en Mercedes y Yí. Pero, a poco, reacciona contra esta tendencia y se ins-

Montevideo, a través de 250 años de Arqui

cribe en la corriente moderna de una manera paulatina y siempre demostrando una pujante personalidad. En su casa propia en la calle Domingo Cullen y Sarmiento, de 1930, realiza una pequeña joya en donde magistralmente amplía, especialmente la obra, mediante el aditamento de terrazas, jardines y fuentes exteriores que enriquecen y dinamizan la composición, dotándola de un encanto muy peculiar.

Posteriormente, en 1937, Vilamajó proyecta y dirige la Facultad de Ingeniería. Aquí ya es decididamente moderno, pero también sin perder su personalidad. Juega admirablemente con los volúmenes en una composición asimétrica que, no obstante, resulta perfectamente equilibrada. Ejecuta su obra en "hormigón a la vista", adelantándose en este sentido a su época y pensó —según se desprende de sus dibujos y de sus escritos— animar algunos paramentos mediante la incorporación de bajorrelieves hechos en el propio hormigón, en un intento de integración de la arquitectura con las demás artes plásticas. En este sentido, de su estrecha vinculación con el gran escultor Antonio Pena, surgieron obras de gran valor, como por ejemplo el Monumento a la Confraternidad Riolatense, sito en Buenos Aires. En el lapso de doce años solamente (desde 1936 hasta su muerte acaecida en 1948), una serie de edificios suyos se incorporan, por méritos propios, a la Historia de la Arquitectura del Uruguay: el ya comentado de la Facultad de Ingeniería (1937) en el Parque Rodó; el edificio de apartamentos, oficinas y comercios "Juncal", en Juncal y Rincón (1938); la casa Dodero en Bulevar Artigas esquina Tabaré (1939); la casa Debernardis (1941) en Punta del Este; el Almacén de la Confitería Americana (1944), posteriormente Biblioteca "Artigas-Washington", actualmente dependencia de la Jefatura de Policía.

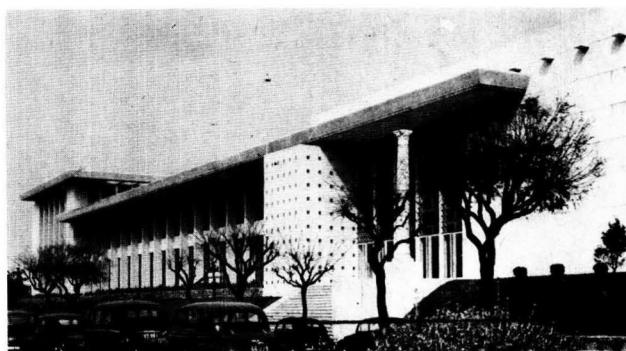
Finalmente hemos de considerar su obra póstuma aunque no fuera montevideana: el proyecto de urbanización de villa Serrana en el Departamento de Minas y la ejecución de los edificios "El Ventorrillo de la Buena Vista" (1946) y el "Mesón de las Cañas" (1947). Aquí Vilamajó, en la plenitud de sus facultades, crea una obra en armonía e íntima relación con el pintoresco paisaje circundante. Con materiales extraídos del lugar y mano de obra nada especializada, obtiene resultados asombrosos: toda una lección de arquitectura regionalista y de adecuación

al entorno en que está enclavada.

La arquitectura nacional tuvo uno de sus máximos galardones al ser elegido Vilamajó entre los nueve arquitectos consultores para realizar la sede de la ONU, en Nueva York. De Sud América fueron solamente dos: Oscar Niemeyer y él. Fue una distinción que le honró a él y a nuestro país.

El binomio Arbeleche-Canale constituyó una fórmula que se hizo prácticamente imbatible en los concursos de la época. La razón de su éxito estribó en la simplicidad, de los proyectos presentados, sin caer en el simplismo. Soluciones francas, netas,

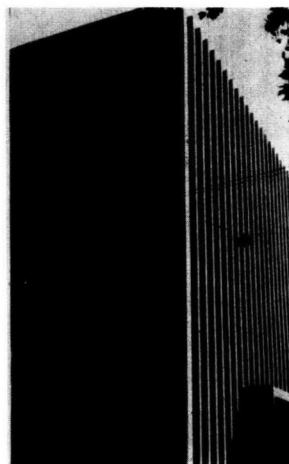
La Facultad de Arquitectura ganada en concurso público por Román Fresnedo Siri y Mario Muccinelli en 1946



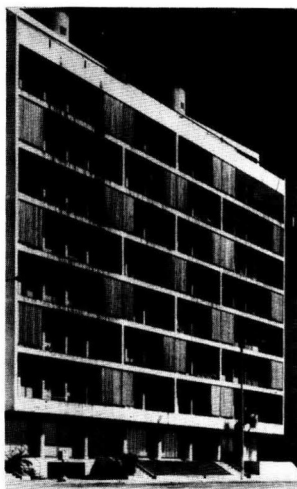
claras; uno no se explica como no arribaron a la misma los demás concursantes: la razón de ello debe buscarse en lo difícil que resulta lo aparentemente fácil. Una serie de edificios jalonaron su actuación dejando grabada su impronta en el ámbito montevideano: la Caja de Jubilaciones Civiles (1939) en Dante 1851; la Bolsa de Comercio (1940) en Misiones y Rincón; el Banco de Seguros del Estado en la Avda. Agraciada, etc.

Inscripto en una línea organicista y con hondo acento wrightiano —aunque conservando su individualidad— realizó una destacada labor Román Fresnedo Siri, fallecido lamentablemente en 1975, cuando todavía mucho podía esperarse de él. Entre su extensa labor destacamos: el Hos-

El "Palacio de la Luz", de Fresnedo, de 1947



Edificio "El Pilar" (1957) del Arq. Luis García Pardo, en la con-junción de Br. España, Av. Brasil y la Rambla



El edificio "La Goleta" (1951), del Arq. Raúl Sicheo Bouret, señala un jalón en nuestra arquitectura nacional, coincidente con la aparición y auge de una nueva modalidad legal: la Propiedad Horizontal

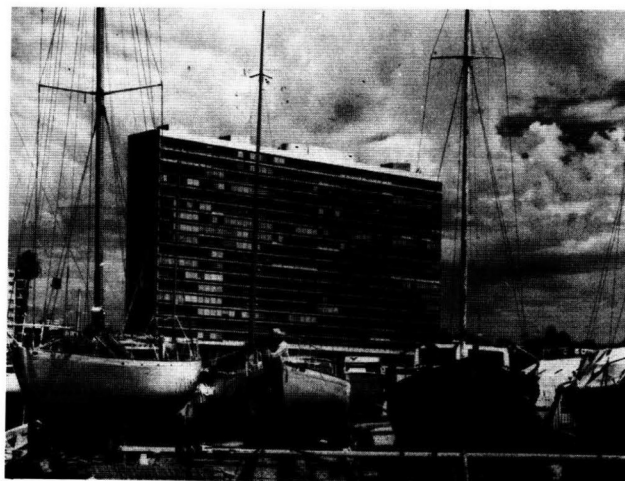
El Edificio "Panamericano" (1958) destaca su silueta gallarda sobre la costa



pital "Americano" (1944-46); el proyecto de la Facultad de Arquitectura de 1946 e inaugurada en 1948; el Palacio de la Luz (1947); el Hipódromo de Porto Alegre (1950) obtenido en concurso, etc. Señaló otro punto sobresaliente para nuestra arquitectura, su obtención del 1er. Premio en el Concurso Internacional para la erección del edificio de la Organización Panamericana de la Salud, en 1961.

En nuestro "decenio de oro" (1950-60) en que se produjo el auge de la Propiedad Horizontal, descolló por la simplicidad de sus soluciones y la línea plástica coherente que siguió, Raúl Sicheo Bouret. Montevideo quedó grabado con la huella de sus importantes realizaciones: el edificio "La Goleta" (1951), "Las Palmas" (1954), "Panamericano" (1958), "Asociación Cristiana de Jóvenes" (1958) en colaboración con Atilio Farinasso y el "Ciudadela", con Ernesto Calvo, en la Plaza Independencia, son tal vez, los ejemplos más sobresalientes.

También actuó en el "decenio de oro", dejando obras de gran valor, el Arquitecto Luis García Pardo, actualmente radicado en Brasil, donde cumple una honorosa trayectoria. De su estudio surgieron numerosos edificios, entre los que destacamos el "Gilpe", de 1955, en Avda. Brasil, 2574, el "Guanabara", de 1957, en Benito



Montevideo, a través de 250 años de Arquite

Blanco casi Barreiro; el "Pilar" (1957), en la conjunción de Avda. España, Avda. Brasil y la Rambla; el "Positano", de 1958, en Ponce y Charrúa, etc. En todos ellos denotó grandes inquietudes y deseo de innovar, demostrando un espíritu no conformista realmente envidiable.

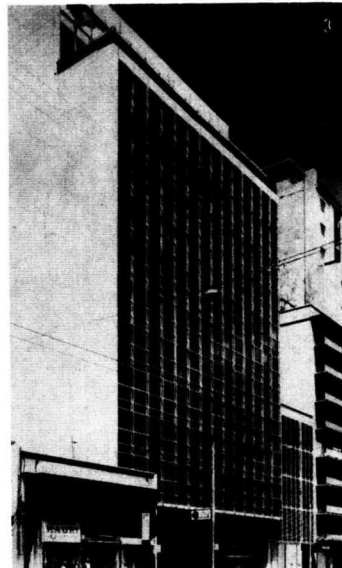
Otro colega que hizo mucho por la Arquitectura de nuestro país fue Ilde fonso Aroztegui. Su trayectoria se inscribe en general, dentro de la línea orgánica como por ejemplo la clínica del Dr. Omar Terra en Avda. España, del año 1949; la casa para venta de repuestos para automotores (Merlinsky & Syrowicz) de 1954 en Río Branco y Mercedes; el Club Nacional de Fútbol en 8 de Octubre, de 1950; el local de exposición y venta de repuestos para automotores (Merlinsky & Syrowicz), de 1954, en Río Branco y Mercedes y, finalmente, la Sucursal "19 de Junio" del Banco de la República, proyectada en 1957, inaugurada parcialmente hace poco y en proceso de terminación. Esta obra, de acabado impecable, se aparta un tanto del estilo del Maestro de Taliesin, para adoptar una estética más emparentada con la del hombre de "la piel y los huesos",



vale decir con el genial Maestro germano Miés van der Rohe. En otro género de ideas, Aroztegui promovió el desarrollo urbano a través del Plan de Viviendas, siendo el Primer Presidente de DINAVI y único arquitecto en ese puesto hasta el presente.

A pocos metros de la Sucursal "19 de Junio", sobre 18 de Julio, se levanta el Edificio para el Notariado, ganado

en concurso público, en 1962, por el equipo compuesto por los arquitectos Barañano, Blumstein, Ferster y Rodríguez Orozco. También diseñado dentro de la teoría del "curtain wall", presenta un impecable acabado y revela una preocupación muy sensible en todos los detalles. Ambos edificios jerarquizan nuestra principal avenida, marcando un nivel del que no se debiera descender en esa



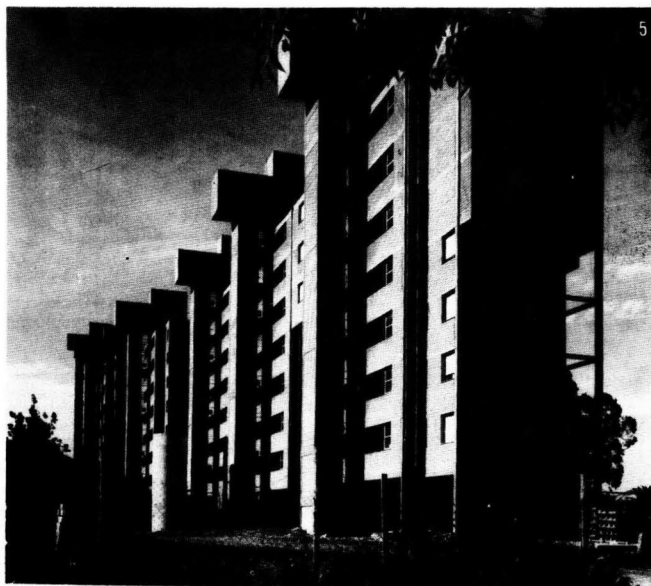
1
Sucursal "19 de Junio", del Arq. Ildefonso Aroztegui, proyectada en 1957 e inaugurada parcialmente hace poco y en proceso de finalización

2
Banco de Previsión Social, ganado en concurso por los Arqs. Mario Paysée y Walter Chappe

3
El edificio para el Notariado, ganado en concurso público por el "equipo" compuesto por Barañano, Blumstein, Ferster y Rodríguez Orozco en 1962, es un excelente ejemplo de la teoría del "curtain wall" en nuestro medio

4
Edificio de viviendas para empleados de la ANCAP (1972), de Rafael Lorente Escudero

5
El "Complejo Bulevar" proyecto de los Arqs. R. Bascans, T. Sprechmann, A. Villamil y H. Vigliecca



ubicación.

Siguiendo una línea estilística algo más sinuosa es destacable también la labor de Rafael Lorente Escudero, quien realizó edificios notorios como la sede de ANCAP, varias de las Estaciones de nafta de esta repartición estatal, de la cual fue Director de su Sección de Arquitectura, el Edificio Martínez Reina (1958); los cines "Plaza" y "Central" (1949); el edificio Martínez Reina (1958) y, ganado en concurso público la sede de la "Asociación Bancarios del Uruguay" (1964), dentro de una línea estilística muy wrightiana, colaborando su hijo y J. Lussich, y luego en 1972 el edificio en Br. Artigas y Uruguayana para empleados de la ANCAP, formalmente más "à la page" y obteniendo plausibles efectos sin hacer derroche de medios.

Un arquitecto que, pese a que no ha construido muchas obras en la capital, sin embargo ha ejercido una influencia notable en nuestro medio es Mario Paysée Reyes. Junto con Jones Odriozola, fue uno de los más destacados discípulos de Vilamajó. Ejerció la Cátedra de Proyectos en nuestra Facultad con singular acierto, formando, en tal sentido, verdadera escuela. Ahondó en una línea muy personal y llegó a conformar un estilo propio de indudable valor. Tiene además el mérito de haber sabido incorporar a su obra las demás artes plásticas y en especial dentro de la temática torresgarciana, en una perfecta amalgama que hace que cada una de ellas sea una obra integral y "réussi". En general ha hecho uso del ladrillo visto, tratado a junta continua, del cual logró sacar imprevistas vibraciones en cuanto a textura, dentro de una conducta de gran sobriedad, ausente de estridencias no siempre felices.

Su labor supo de grandes distinciones: le cupo el honor de obtener el Primer Premio en 19 Concursos, entre los que señalamos: el Seminario Arquidiocesano en Toledo (1952), —hoy Escuela Militar—, en colaboración con Walter Chappe y Enrique Monestier; la Caja de Jubilaciones y Pensiones Civiles y Escolares (1957), hoy Banco de Previsión Social realizado junto con W. Chappe y en curso de construcción; la Asociación Mutualista del Partido Nacional (1959) (proyecto no ejecutado); la Sucursal Punta del Este del Banco de la República (1960), con Adolfo

Pozzi y la Sede para nuestra Embajada en Brasilia (1974) junto a Perla Estable. Asimismo realiza varias viviendas privadas entre la que merece especial destaque su casa y estudio en la calle Santander 1725, proyectada en 1953 y finalizada su construcción a mediados de 1955.

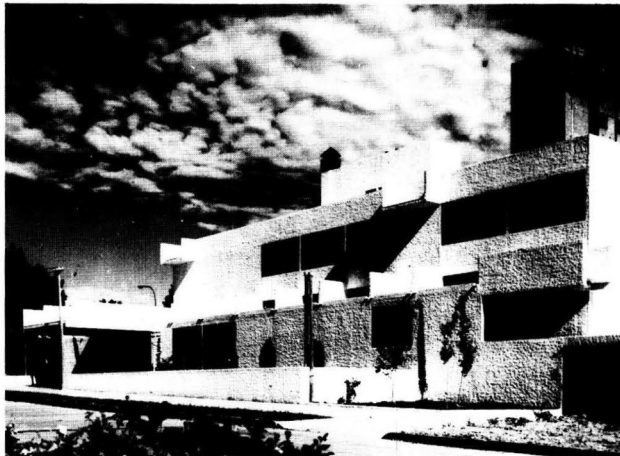
Con una trayectoria de gran sobriedad cromática, similar en espíritu, aunque dispar en su resultado, se inscribe la arquitectura de Joël Petit de la Villéon, consecuente cultor de la corriente mediterránea en nuestro ambiente. Con medios expresivos que voluntariamente se autolimitara, ha conseguido efectos de alta calidad expresiva y honda calidez humana. Composición monocorde, en que el "leit motiv" lo constituye el muro rústico encalado, la justeza de las proporciones, la ubicación de los vanos, "el juego sabio de los volúmenes bajo la luz" —al decir de Le Corbusier—, son los recursos que maneja. Sus obras más representativas en Montevideo son: su vivienda propia en Carrasco en la calle Máximo Tajes 7504, realizada en etapas; la capilla en Maroñas para las Hermanas Dominicas, en la calle Saint Bois 5048 (1963); la vivienda para el escultor Nowinski (1964), también en Máximo Tajes; la vivienda para el Sr. Juan Arricar (1965) en Carrasco, etc.

Es mucho lo que queda por decir que desdichadamente hemos debido suprimir por imposiciones ineludibles de espacio —aparte de los involuntarios olvidos que havamos podido cometer—

Para finalizar diremos que mientras escribíamos estas páginas, mientras tomábamos las fotos con que ilustramos las mismas, muchas veces nos vinieron a la mente estas inigualables palabras de Rodó, que parecen cobrar un inusitado sentido si las referimos a nuestra ciudad, a la que él tanto amó:

"La ciudad puede ser grande o pequeña, rica o pobre, activa o estática; pero se la reconoce en que tiene un espíritu, en que realiza una idea y en que esa idea y ese espíritu relacionan armoniosamente cuanto en ella se hace, desde la forma en que se ordenan las piedras, hasta el tono en que se hablan los hombres".

Arq. César J. LOUSTAU



El "Hogar Sacerdotal", de los Arqs. Enrique Monestier y Julio Gimeno



Mural en hormigón de Edwin Studer en el Urnario Municipal, que señala una feliz integración de una de las artes con la arquitectura